

El «no» francés a la Constitución europea

Pierre de Charentenay

Fundadora de Europa hace 50 años, Francia respondió con un estrepitoso no al referendo sobre la Constitución europea que tuvo lugar el 29 de mayo de 2005. Fue como el anuncio de una tempestad en el cielo europeo, no menos que en el francés. El presidente Chirac, el único capacitado para decidir en esta materia, no estaba obligado a convocar aquel referendo. No le obligaba la Constitución francesa. Además, las Cámaras reunidas en Congreso habrían aprobado la Constitución europea con el 80% de los votos. Pero, empujado por sus consejeros y por los líderes de la oposición, decidió, ya el 14 de julio de 2004, someter a referendo este nuevo Tratado Constitucional con el fin de darle una base más democrática. No parecía una operación de especial riesgo, ya que el 70% de los franceses eran entonces favorables a Europa.

Una campaña animada

La campaña comenzó bien con un debate en el seno del *Partido Socialista*, destinado a proporcionar una postura común al partido. Fue un debate ejemplar que desembocó, el primero de diciembre de 2004, en un voto favorable con el apoyo del 60% de los delegados. La Constitución tomaba bien la salida, puesto que cabía esperar que la derecha era favorable al texto.

Sin embargo, poco después, la campaña adquiría un tono más polémico con las tomas de posición de algunos socialistas a favor del no, en particular de L. Fabius, número dos del partido. Este ex primer ministro había firmado el *Acta Única*

en 1986 y conocía bien Europa, pero, por razones que habrá que elucidar (razones de política personal), criticó la tercera parte del proyecto, tachándola de excesivamente liberal, e invitó a rechazar el conjunto del Tratado.

A partir de ese momento, la duda se instaló entre los electores, incluso entre los más pro europeos, y nada pudo detener la caída del sí en la opinión.

los franceses utilizaron el referendo para manifestar su desaprobación a la política económica y social del presidente Chirac

Algunas razones inmediatas

Se dieron inmediatamente varias explicaciones: el Tratado es demasiado largo; la materia, demasiado compleja; el ciudadano, aun el mejor informado, choca con puntos que no puede aclarar él solo y se ve obligado a confiar en los analistas, en los comentaristas o en los políticos.

Llaman la atención tres fenómenos:

El sí unánime de todos los medios de comunicación, pero dentro de una campaña que daba la palabra a los campos del sí y del no, sin aportar verdaderos elementos de juicio.

Una campaña muy virulenta de la oposición que presentaba todas las afirmaciones posibles e imaginables en sentido contrario.

Un debate muy animado en internet, llevado a cabo en particular por grupos muy opuestos a la Constitución, como los grupos antiglobalización (ATTAC). Ciertos opositores animaron día y noche esas redes de oposición.

Los partidarios del sí no supieron dar la réplica. La campaña oficial fue muy desordenada. Un debate con jóvenes en el palacio presidencial del Elíseo, el 14 de abril, le hizo un muy flaco favor; en él, Chirac no supo explicar a los jóvenes el sentido del referendo ni la dinámica europea, y no fue capaz de sacarlos de sus preocupaciones locales y de su descontento por la gestión del gobierno francés. Posteriormente, los partidarios del sí intentaron responder a los argumentos del no, sin conseguir en ningún momento remontar la corriente desfavorable.

El no revestía numerosas formas: en primer lugar, en la izquierda se

dejaron oír los soberanistas republicanos como Chevènement, que siempre se había dado a conocer como antieuropeo. De manera parecida, toda la extrema izquierda, igualmente siempre antieuropea y que consideraba que esta Constitución era demasiado liberal y que había que decir no a este proyecto. Por primera vez, se unían a ellos algunos socialistas pro europeos pero partidarios de otra Europa.

En la derecha, la oposición era igualmente compleja. Soberanistas católicos tradicionales, como Philippe de Villiers o Marie Christine Boutin, blandían temores o amenazas de laicidad, al tiempo que Le Pen agitaba a la extrema derecha en un ejercicio antieuropeo diez veces repetido. También en la derecha ha habido partidarios de Europa que han dicho no por culpa del silencio sobre las raíces cristianas en el preámbulo del documento.

El debate tenía lugar en todos los terrenos: en las familias, en los restaurantes, en los periódicos, en las empresas. No había manera de escapar de él. Fueron dos o tres meses de debate intenso, aunque no siempre honesto. Se utilizaron falsedades manifiestas, exageraciones fuera de lugar y abundante discurso demagógico. No se controlaba la credibilidad de las opiniones. La Constitución habría po-

didado ofrecer una protección contra los abusos del liberalismo, pero la campaña giró en torno al liberalismo europeo encarnado en la famosa fórmula «competencia libre y no falseada». La Carta de los derechos fundamentales ofrecía protección contra todos los abusos, pero estuvo completamente ausente del debate. Los diarios llegaron a ofrecer columnas para separar la verdad de la mentira en la campaña y ayudar al elector a saber dónde estaba la verdad.

Finalmente el debate quedó polarizado en torno a la situación de Francia: 10% de parados, problemas sociales complicados, amenazas contra la protección social y contra el sistema francés de servicio público. Este contexto, en que quedó situado el referendo, fue responsable de la transferencia de varios millones de votos hacia el no. Si el tratado de Maastricht en 1992 había sido aprobado con un 51% de votos favorables, como en 2005 las circunstancias eran bastante diferentes, el deslizamiento de una fracción del electorado hacia el no bastó para llevar al fracaso el referendo del 29 de mayo.

Una fractura

El resultado del referendo refleja una seria fractura del país a diferentes niveles: la Francia de arriba,

de los integrados y de los franceses de alto nivel intelectual contra la Francia de abajo, la de todos los que están alejados de las decisiones y de los instrumentos de información. Una segunda brecha separa a los soberanistas, deseosos de salvaguardar el espíritu francés bajo el manto de la República, y los federalistas europeos que ven ante todo las ventajas de la dinámica comunitaria. Más tradicional es la separación clásica y muy marcada en Francia entre los liberales y los anticapitalistas, que han luchado áspidamente contra la Constitución. Los rurales, agricultores y viticultores votaron también en contra, mientras que las grandes ciudades lo hacían a favor del Tratado.

Más grave aún fue la división entre jóvenes generaciones y personas de más edad. Los adultos de más de cuarenta años se inclinaron por el sí, mientras que los jóvenes entre 20 y 30 años votaron mayoritariamente no. Ello, por varias razones: para los jóvenes, los cimientos de Europa quedan muy lejos, tan lejos como la misma guerra. Por tanto, para ellos Europa no es una cuestión de principio, sino de orientación. Son naturalmente favorables a Europa, pero manifestaron su desacuerdo con su situación actual, con su dificultad para situarse en una economía cada vez más europea y que no parece facilitarles la tarea.

Esta división del país resulta tanto más extraña cuanto que todos los partidos políticos y todos los grandes diarios habían invitado explícitamente a votar sí. El episcopado francés se había manifestado claramente a favor del Tratado, aunque guardándose de decir cómo había que votar.

Muchos interrogantes

Esta profunda división del país, en un momento en que el tema europeo era más bien objeto de un consenso general, es fuente de múltiples cuestiones. Es evidente que la organización de un referendo ha constituido un grave error: los líderes que lo pidieron olvidaron lo que solía decir Charles de Gaulle: que en Francia todo referendo es un plebiscito. Esto es lo que ha sucedido: los franceses utilizaron esta consulta para manifestar su desaprobación a la política del presidente Chirac. Dejaron de lado a Europa, su construcción y su futuro, y hablaron a los responsables políticos franceses, incapaces de gestionar una economía que abandona a un 10% de la población en el paro. Los franceses están enfadados con sus políticos; y lo han manifestado con ocasión del referendo.

Las vacilaciones del poder ante la eventualidad de pedir el voto a di-

putados y senadores muestra bien la debilidad de la representación política tradicional. No parece gozar de la suficiente legitimidad como para poder decidir por sí misma en una cuestión tan importante. Recurrir a la democracia directa constituye un error de bulto cuando los pueblos no están acostumbrados a ella, ya que no responden a la pregunta que se les plantea, sino que expresan su opinión sobre el gobierno.

Otra dificultad es que hoy en día los ciudadanos desean manifestar su opinión sobre todos los grandes problemas que les conciernen. No se fían de quienes toman decisiones en su nombre, incluso en los temas más complejos. Los resultados del referendo han llevado la contraria a todas las elites políticas de los grandes partidos que preconizaban el sí. Los partidos políticos tradicionales de las dos cámaras no representan ya la opinión de la población. Pero entonces, ¿quién la representa? El referendo ha puesto de manifiesto una crisis muy grave de la representación política en Francia.

Yendo más al fondo, al revelar una profunda brecha entre las elites y la población, el referendo ha lanzado una sospecha sobre la credibilidad de dichas elites y de todas las competencias europeas. De na-

da servía que los expertos explicaran en qué consiste Europa, su proyecto, su Carta de derechos fundamentales: una gran parte de la población no les creía. Las competencias no servían para nada. No se respetaba la experiencia. Todos querían juzgar a su manera el texto

el referendo ha puesto de manifiesto una crisis muy grave de la representación política en Francia

del Tratado constitucional. Peor aún: como durante la campaña se había opinado en todos los sentidos, nadie daba crédito a nadie y todos acusaban a los demás de mentir. El elector ya no creía más que en lo que deseaba oír: ése era el premio concedido a la demagogia más descarada, hasta llenar de ella toda la campaña.

Este debate que se ha desarrollado en el corto plazo, sin perspectiva, ha puesto de manifiesto qué difícil resulta explicar la importancia del largo plazo en las decisiones políticas. Ahora bien, Europa es, de toda evidencia, el terreno del largo plazo, un espacio de solidaridad colectiva muy amplio que comprende a 450 millones de personas para décadas enteras. Por su parte, el elector pensaba sobre todo en su

futuro inmediato, en el salario de fin de mes, en el precio de su piso y de la barra de pan, en la deslocalización de la fábrica vecina. Su solidaridad engloba a los más cercanos de sus parientes y amigos, no se abre a la gran población europea.

Finalmente, este referendo ha tomado posición contra Europa. Europa se ha desarrollado demasiado deprisa. Se ha ampliado demasiado deprisa. Los diez nuevos miembros que nos hacen pasar de 15 a 25 países miembros han entrado en la Unión sin que el ciudadano de a pie haya tenido el tiempo necesario de percatarse de ello. Esta ampliación ha metido miedo, sobre todo porque siguen sin anunciarse claramente sus límites. El fantasma de Turquía planeó sobre toda la campaña y fue vigorosamente mantenido por la derecha, cristiana y no cristiana. Hizo cristalizar los miedos y se convirtió en símbolo de la falta de límites a la ampliación de Europa.

A todo ello se añade una profunda ignorancia de los mecanismos europeos, el desprecio por Bruselas, la voluntad de pelearse con la burocracia una vez por todas, incluidos los viticultores y agricultores que reciben millones de euros de Bruselas. El gobierno francés nunca ha proporcionado una educa-

ción política a favor de Europa. En sus discursos de campaña, Chirac hablaba sobre todo del interés nacional. Frecuentemente ha utilizado a Bruselas como chivo expiatorio de todos los problemas que podían presentarse en Francia. Los medios de comunicación tienen también su parte de responsabilidad de esta ignorancia europea, porque no han informado sobre las grandes opciones que se tomaban en las cumbres europeas o en los debates de las dos Convenciones que redactaron la Carta de los derechos fundamentales y la Constitución. Cuantos siguieron de cerca en Bruselas estas dos Convenciones se lamentaban continuamente por la falta de información en la que se mantenía a la población de varios países de Europa. ¿Cómo extrañarse entonces de que los ciudadanos reaccionen negativamente cuando se les propone un texto tan complejo que, a sus ojos, parece salido por milagro de la voluntad de unos burócratas lejanos?

Estragos políticos

Así pues, el no ganó con un 55% de los votos emitidos. Tal oposición al Tratado es de origen muy dispar, como hemos dicho: proviene de la izquierda y la derecha, desde la *Liga comunista revolucionaria* hasta

el *Frente Nacional* de Le Pen. Por tanto, es incapaz de proponer una alternativa, puesto que no puede alcanzar acuerdos sobre un programa cualquiera, ni sobre Europa ni sobre cualquier otro problema. Francia se encuentra, pues, en una dramática situación política. El gobierno ha perdido su apuesta, pero no ha sido derribado. La oposición ha ganado, pero es incapaz de presentar una propuesta. Y los grandes partidos tradicionales del gobierno han quedado muy debilitados. Chirac se encuentra en el punto más bajo de su popularidad, ya que ha perdido el apoyo de la derecha, muy decepcionada por el hecho de que su líder haya gestionado tan mal este desafío del Tratado. El *Partido Socialista* está profundamente dividido, ya que la mayoría había invitado a aprobar la Constitución, pero el número dos del partido la ha combatido. La exclusión de L. Fabius del Consejo nacional del Partido Socialista abre la puerta a una crisis interna que tardará en resolverse. La extrema izquierda, muy activa y presente durante la campaña, vuelve a su semiclandestinidad, ya que carece de representación en el Parlamento.

La verdadera víctima de este refe-

rendo es Europa, obviamente. Algunos partidarios del no caen ahora en la cuenta de que las predicciones eran ciertas: el no de Francia tendrá unas consecuencias muy graves para la dinámica europea. Constituye un fracaso para los intentos de crear una Europa política, una Europa de los derechos sociales, una Europa suficientemente fuerte como para poder hablar en el escenario internacional. Por desgracia, es demasiado tarde para caer en la cuenta de ello. El

*el rápido tránsito de la
Europa de los 15 a la de los
25 se convirtió en símbolo de
la falta de límites a la
ampliación europea*

nuevo gobierno Villepin intenta mantener la apariencia de que el país sigue teniendo una dirección, pero sin entusiasmo, porque no se ha tenido en cuenta la magnitud del no en el ejercicio cotidiano de la política. Francia se encuentra ahora en una situación de expectativa muy inestable, con la perspectiva de las elecciones presidenciales de mayo de 2007, en las que habrá que optar en un sentido o en otro. ■